6459

¡MADRE!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CLEMENCIA LARRA

GUADALAJARA
La Liberty.—Imprenta y Librería de E. Burgos
1903

6

¡MADRE!

Es propiedad.

¡MADRE!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CLEMENCIA LARRA

GUADALAJARA
La Liberty.—Imprenta y Librería de E. Burgos

1903

PERSONAJES

INÉS, Marquesa de...
MARINA, Doncella.
D. PEDRO, Marqués de...
EDUARDO, su hijo, Teniente de Caballería.
ALEJANDRO, su amigo, Capitán de Idem.
JUAN, Ayuda de Cámara.
Dos Criados.

(La acción en Madrid)

ACTO PRIMERO

binete de casa de un Marqués. Dando vista al público, un pasillo casi velado por cortinas, en cuyo centro se supone la habitación de Inés. Al término del pasillo, la habitación de la hija. Fuera de aquél, la habitación de D. Pedro. Puerta de fondo. Frente á la de D. Pedro, un balcón, mesa de despacho y accesorios.

ESCENA PRIMERA

INÉS Y D. PEDRO

(La primera bordando, el segundo leyendo un periódico. Ambos sentados.)

DRO. ¡Quién había de esperar
tan halagüeña noticia!
ÉS. Muy buena deberá ser
á juzgar por tu alegría.
DRO. Tú también has de alegrarte.
ÉS. Quizás (imposible; la dicha
huyó de mí para siempre).
DRO. Ya la guerra concluída,
hoy regresará á la Corte
parte de la tropa invicta
que ha dado gloria á la Patria
exponiendo allí su vida.
ÉS. ¿Hoy llegan? ¿No será error? (sorprendida)
DRO. Este párrafo lo indica. (mostrándole el periódico: ella lee).
¡Qué fausto acontecimiento!

669328

¡Qué satisfacción bendita
animará los hogares
de esposas, madres é hijas
que vieron partir los suyos.
y en esa lucha intranquila
del temor y la esperanza
han agostado su dicha! (devolviéndole el periódico)

INÉS. ¿Pero todos? ¿Es un hecho?

PEDRO. Todos no. ¿De qué te admiras?

INÉS. De tanta felicidad.
(¡Su recuerdo me asesina!)

PEDRO. Pero viene mi Eduardo!
¡Si me parece mentira
que tan pronto he de estrecharle...
Que he de sentir sus caricias!

INÉS. (¡Y también vendrá Alejandro!
¡Cuántos presagios me agitan!)
¡Cuántas! ¡Cuántas llorarán
por los que allí fueron víctimas,
que siempre marchan unidos
el dolor y la alegría!

PEDRO. Dices bien, Inés del alma;
es una triste harmonía...
mas para muchos renace
la felicidad perdida
con el *regreso á la Patria*,
al seno de la familia.

INÉS. (Amantes que á ese regreso (muy preocupada)
encuentran su fé vendida.)

PEDRO. ¿Pero qué tienes, Inés? (tomándole una mano)
¿Te sientes mal, hija mía?
Trémulos están tus labios
y pálidas tus mejillas;
si te asalta algún pesar
te ruego que me lo digas.

¿Temes, quizás, que mi hijo
ha de robar tus caricias?
¿Acaso es que tienes celos?
Habla, Inés.

INÉS. ¡Pedro, deliras!
Yo no abrigo esos temores
que son pasiones mezquinas.

PEDRO. Há tiempo estás preocupada...

INÉS. Manías tuyas.

PEDRO. ¿Manías?
Siempre me has de recordar
que soy viejo y tú eres niña,
pero yo te lo perdono.
¡Te amo tanto! (con ternura; movimiento de disgusto en Inés) Dí, ¿te hastía
quizás mi cariño?

INÉS. ¡Pedro!

PEDRO. Sé que nó, no lo repitas.
Estas dudas no te ofendan,
que sólo de amor son hijas.
Ya camino hacia el sepulcro,
y el ocaso de mi vida
destella opaco reflejo
precursor de la agonía.
¡No es extraño que esta idea
mantenga tu alma abatida!

INÉS. ¡Pedro, cállate por Dios!
¡Tus palabras me fatigan!

PEDRO. *¡Es verdad, á qué pensar!...*
Pero dí: ¿por qué suspira
con honda pena tu pecho?
¿Por qué estás siempre intranquila?
¿Por qué teme tu mirada

(*) Todas las líneas que llevan asterisco, son de colaboración.

encontrarse con la mía?
¿Por qué es inquieto tu sueño
y son largas tus vigilias?
¿No eres feliz con mi amor?

INÉS. A tanto, Pedro, me obliga,
que no puedo ser ingrata.
No, mi bien; tu Inés no olvida
que tú la ofreciste amparo
cuando ya sólo tenía
en el mundo la miseria,
y en orfandad desvalida
la diste título, nombre,
y una fortuna infinita.
¡Qué más puedo ambicionar,
si soy tu amor y tu dicha!

PEDRO. (¡Muere insensata pasión!
Sólo me está agradecida!)
Yo anhelo que tú me quieras
cual me amabas otros días
en que en tu hermoso semblante
*se reflejaba tranquila
la paz de tu corazón
y de tu alma la delicia*;
y eran dulces tus miradas,
cariñosas tus sonrisas!...
¿Por qué, Inés, te encuentro ahora
tan desdeñosa y esquiva,
si hasta el Todopoderoso
en esta unión bendecida
acogió nuestra plegaria
al concedernos la niña?

INÉS. ¡Sí, María; sólo ella fuera (vehemente)
el faro de nuestra dicha!

PEDRO. (¡Qué invocación tan sublime!)

INÉS. (¡Los fantasmas se disipan!)

ESCENA II

DICHOS Y JUAN (Por el foro)

PEDRO. *¡Buena esposa y buena madre!*
JUAN. ¿Da su excelencia permiso?
PEDRO. *Pasa, Juan. (Juan entra, entrega un pliego al Marqués y se marcha)
INÉS. (inquieta) (¿Qué será ello?)*
PEDRO. Esta es letra del Ministro. (roto ya el sobre, lee)
INÉS. (Hoy todo me sobresalta.)
(¿Por qué este temor abrigo?)
PEDRO. ¡Ah! mira, es el nombramiento
de Capitán para mi hijo!
Siempre su buena amistad
me manifiesta solícito,
y hoy otra prueba me envía
de su fraternal cariño.
Quisiera darle las gracias
á tan generoso amigo...
pero tu inquietud...
INÉS. *Quizás
á tí te haya parecido...
la alegría... la emoción...
no fué nada, ve tranquilo.*
PEDRO. Procuraré volver pronto. (poniéndose de pié)
INÉS. Da tu temor al olvido. (levantándose á despedirle)
PEDRO. Entonces, amada mía, (estrechándole una mano)
enseguida soy contigo.

ESCENA III

INÉS (mirando sobresaltada á todos lados)

¿Por qué esta sombra vaga, aterradora,
parece amenazar á mi existencia?

¿Por qué se alza potente en mi conciencia
el eco de su voz acusadora? (ligera pausa)
¡Le amé con frenesí! ¡La vez postrera
que amante sus promesas escuché,
ser suya ó de ninguno le juré,
y él me fió su amor, su fé sincera!...
¡Alejandro! ¡Alejandro! ¡En un momento
fatal, infiel la débil criatura
olvidó tu pasión, te fuí perjura,
y hoy lucho con tenaz remordimiento!
¡Y siento á mi pesar vago temor
que mi tortura, despiadado agita,
y oigo su ronco acento que me grita:
¿Qué has hecho de mi fé? ¿Qué de mi amor?
¡Este fantasma, con adusto ceño,
presenta ante mi espíritu aterrado
el cuerpo de mi esposo ensangrentado!...
(Aterrada) ¡Es ilusión tan sólo! ¡Horrible sueño!...
¡Huid!, ¡Huíd de mí, sombras de muerte!
¡Me asusta vuestra imagen homicida!...

ESCENA IV

DICHA Y MARINA (puerta del pasillo)

La niña os llama (entra)

INÉS. (expansiva) ¡El ángel de mi vida
que calma mis pesares; ya soy fuerte! (mutis por la puerta de la niña)

* ESCENA

MARINA

No comprendo lo que pasa
ni fácil es explicar

este enigma, hoy que reinar
debiera el contento en casa.
El rebosa de ventura
y el justo placer que siente
refleja su noble frente
sin la más leve amargura.
Ella, perdida la calma,
le abate triste quebranto,
de sus ojos brota el llanto
que anega en dolor el alma.
Quisiera, aun dando mi vida,
el secreto sorprender,
para poderla volver
la paz que tiene perdida.*

ESCENA V

MARINA, JUAN Y ALEJANDRO (foro) (de militar)

JUAN. ¿Pretende ver al Marqués? (al paño)
ALEJ. Sí, vengo en nombre de su hijo.
JUAN. ¡Señor! ¡Señor! ¡qué alegría!
Siéntese; ¿es usted su amigo? (No se sienta)
Ve, Marina, á la señora,
comunícale el aviso. (mutis Marina, puerta de la niñ

ESCENA VI

ALEJANDRO Y JUAN

JUAN. ¡No le extrañe mi emoción! (enjugándose una lágrima)
¡Si en mis brazos ha crecido!
¡Si le viviera su madre
que le amaba con delirio!...
Porque fuese militar

tuvo un afán infinito,
y mirarle ya hecho un hombre...
¡Qué día de regocijo!
Pero la infeliz murió
sin ver su gusto cumplido.
¡Y este viejo que daría
su existencia en sacrificio
porque viviera su ama
que era un ángel! ¡Aún me aflijo (vuelve á enjugarse los ojos)
al recordar la orfandad
en que se vió siendo niño!
Y diga usted, ¿vendrá pronto?

ALEJ. Sí. (distraido y paseando con cierta impaciencia)

JUAN. ¡Qué sorpresa, Dios mío!
Mi señor que no le espera
hasta la noche, ha salido.

ALEJ. Llegamos en este instante;
ni aun el polvo del camino
permitió que me quitara
«vé en el momento», me dijo,
«y mi llegada le anuncias.»

JUAN. ¡Cuánto el anciano ha sufrido!
Se lo diré á la señora (se dirige hacia el pasillo).

ALEJ. (deteniéndole) No, no; mi traje no es digno...

JUAN. ¿Quién repara en vagatelas?
Un instante, señor mío. (entra al pasillo y sale enseguida que se calcule dar la razón, haciendo mutis por el foro.)

ESCENA VII

ALEJANDRO

¡Madrid! ¡Mi patria querida,
há tiempo que de estos lares

me alejaron los azares
de una guerra fratricida!
¡Hoy lejos de aquel recinto
del genio desvastador,
no oiré el grito del dolor
ni veré en la sangre tinto
nuestro pendón, que al henchir
en el aire sus jirones,
los valientes campeones
defienden hasta morir!
¡Colmado ya de victoria
puedo mi lauro ofrecer,
á la adorada mujer
que ha vivido en mi memoria!
¡Y hoy, el noble caballero,
el que á tantos diera enojos,
cacrá á sus plantas de hinojos
como tímido cordero!

ESCENA VIII

ALEJANDRO É INÉS (puerta del pasillo)

INÉS. (abrumada) ¡Esta sombra aterradora!... (bajando al proscenio)
¡Este recuerdo cruel!... (Alejandro se vuelve al percibir los pasos)
¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Es él!

ALEJ. A los pies de usted, señora. (adelantando ceremoniosamente)

INÉS. ¡Alejandro! (retrocediendo) ¡No. . no es!

ALEJ. ¡Cielos! ¿Cómo estás aquí?
¿Me esperabas? (como muy extrañado)

INÉS. (con desfallecimiento) (¡Ay de mí!)

ALEJ. ¡Contesta, por Dios, Inés!

INÉS. ¡Ten piedad de mi aflicción
¡No tu labio me maldiga!
ALEJ. ¡Maldecirte! ¿No es tu amiga
la Marquesa?
INÉS. ¡No, perdón!
ALEJ. ¡Tu razón se ha trastornado;
habla, que pierdo la calma,
y una sospecha en mi alma
cual un puñal has clavado!
¿Por qué tiemblas? ¿No me miras? (asiéndole)
¿A qué viene ese rubor?
¿No eres tú mi bien, mi amor? (Inés rechaza suavemente)
¡Inés mía, tú deliras!
(Transición) ¡No, no; si el loco soy yo!
¿Qué te conduce hasta aquí?
¿Por qué te turbas así,
y quién mis pasos guió?
Ese cielo que me oprime
bajo una mano inclemente,
¿por qué no alumbra la frente
del mortal que triste gime?
¿Por qué si tan ruda suerte
aun tenía que sufrir,
me has permitido venir
y no me distes la muerte?
INÉS. (conmovida) ¿No te basta mi dolor?
ALEJ. ¿Qué denota tu sorpresa?
¡Ah, sí!.., ¡Tú eres la Marquesa! (marcado)
¡Tú que has matado mi amor!
¡Apártate! ¡Miserable! (rechazando á Inés q hace ademán de hablar)
INÉS. ¡Por piedad! ¡Por compasión!
ALEJ. ¡No; mi eterna maldición
por tu delito execrable!

(sentimiento) ¡Y yo, que esperé dichoso
en tus promesas, tu fé;
yo, que mi alma te fié
é iba á llamarme tu esposo;
yo, que á la mujer que adoro
consagré intensa pasión (muy marcado)
y ella dió su corazón
por un puñado de oro!
¡Un corazón de maldades!
¿Y yo en tí pude creer?
¡Ay de mí! ¿Qué es la mujer?
¡Vanidad de vanidades!...
¡Y en el fausto, en la opulencia,
en la indigna adulación,
ahogará ese corazón
el grito de su conciencia!
¿Recuerdas, Inés, un día, (asiéndole hacia así y con acento solemne)
un desgraciado momento
que solemne juramento
ante Dios, á mí te unía?
Y la débil criatura
que supo mentir amor,
¿no tuvo entonces temor
para ser á Dios perjura?
¡Y feliz habrás vivido (ligera ironía)
sin sentir remordimientos!...
¡Tú no tienes sentimientos!
¿Por qué te habré conocido?
¡Qué importa que un corazón (ligera ironía)
tu falsedad haya hollado,
si ha sido sacrificado
en aras de tu traición!
¡Ni qué vale una promesa (sentimiento)
en la que mi alma dormía

mientras ésta se vendía (marcado)
á título de Marquesa!
¡Qué sarcasmo! ¡Qué baldón!...

INÉS. ¡Yo también soy desgraciada!

ALEJ. ¡No, feliz! (irónico) ¡Si está colmada
tu desmedida ambición!

INÉS. ¡Tus insultos me hacen daño!
¡Qué hacer, si pobre nací
y nada supe de tí
en el transcurso de un año!

ALEJ. ¿Y mi juramento, Inés?
¡Si tuve la mala suerte
de ser herido de muerte!
Pero, ¿y después? ¿y después?

INÉS. ¡Después... sola, abandonada (confusa)
en el mundo me encontré!
¡Si hasta sin madre quedé
y mi salud quebrantada!
¡Si no pude trabajar
ni combatir la fatiga!
¡Quién habrá que me maldiga
si ni aun te pude olvidar!
¡Si esta lucha tan cruel,
este insensato delirio
aumentando mi martirio
tenaz me acusa de infiel!

ALEJ. (apasionado) ¡Inés! ¡Inés adorada!

INÉS. ¡Ah, no! ¡Mi razón delira!
¡Yo no lo he dicho!... ¡Es mentira!...
¿Lo entiendes?

ALEJ. (con sentimiento) ¡Desventurada!

INÉS. ¡Acabe ésta lucha fuerte
con mi postrer despedida! (tendiéndole una mano).

ALEJ. (reteniéndole) ¡Jamás! ¡Pídeme la vida,
que sin tí la vida es muerte!

INÉS. ¡Déjame, déjame ir! (queriendo desasirse)
ALEJ. Cuando soy tan desgraciado, (atrayéndola aún más)
cuando estoy desesperado
¿así aumentas mi sufrir?
¡Se trastorna mi razón
con esta angustia increíble,
y hoy, que me eres imposible,
se acrecienta mi pasión!
INÉS. ¡Déjame que huya de tí! (desasiéndose)
(Su contacto me extremece.)
ALEJ. ¡Este galardón merece (despechado)
mi cariño, vete, sí! (desesperado)
INÉS. (No sé qué poder extraño
me encadena á su presencia,
y el eco de mi conciencia
aun me acusa de este daño.) (hace mutis por el pasillo)

ESCENA IX

ALEJANDRO

¡Y yo solo, enloquecido,
luchando con el deber
de respetar la mujer
que para siempre he perdido!...
¿Y aun conservo la razón
y la facultad de hablar?
Si ya no puedes amar,
¿qué te importa, corazón?
¿Por qué con este latido
me quieres romper el pecho,
si sólo tienes derecho
á dar tu amor al olvido?...

¡Un tormento es mi memoria
que me da dolor y saña!...
¿Por qué no morí en campaña
y hubiese muerto con gloria?

ESCENA X

ALEJANDRO Y MARINA (pasillo)

¡Caballero! Mi señora (agitada)
teme que su esposo venga,
y al encontraros aquí
lo juzgue una inconveniencia.

ALEJ. Decidle que esté tranquila; (dominándose)
no puede inferir ofensa
quien ignorándolo todo
á anunciar á un hijo llega.

MARI. *Es que mi señora teme...
y no sin razón se inquieta...*

ALEJ. ¡Aquí me trajo el destino
y ojalá no me trajera!

MARI. *¡Salid, por Dios, caballero,
ved que mi ama es quien ruega!*

ALEJ. (¡He de salir de esta casa
despedido! ¡Quién dijera!
¡Corazón, cuántos dolores
en tus arcanos se encierran!)
¡Decid, decid en mi nombre (sentimiento)
á la señora Marquesa,
que yo también quiero huir
de esta casa; que de ella
he de quedar desterrado
para siempre!

MARI. (¡Cuánta pena
me causa su sentimiento!)

¡Dios mío! ¡Ved, que alguien llega! (mutis Marina).
(Timbre lejos ó rumor de coche)

ESCENA XI

ALEJANDRO É INÉS (muy agitada)

INÉS. ¡Al momento! ¡por favor!
¡huye, huye de esta casa!
ALEJ. ¿Huir? ¿Qué dices, Inés? (natural)
Tu razón está ofuscada.
INÉS. ¡Perdón, perdón, Alejandro!
¡Ah! ¿Será esta tu venganza?
¡Qué rencor tan implacable!
ALEJ. Pero ¡Inés! ¿A qué te exaltas?
INÉS. ¿Qué dirá de tu presencia? (por el que llega)
ALEJ. Está bien justificada;
mas, serénate por Dios!
INÉS. No, no; me asusta tu calma.
Huye, Alejandro de aquí!
ALEJ. ¡Inés! Eduardo me manda. (persuasivo)
¡Si vengo á ver á tu esposo!
INÉS. *¡Acaso el temor me engaña!*
Mas ¿cómo puedes querer
hacer mi existencia amarga?
¡Una duda, una tan sola,
bastará á perder la calma
de mi esposo; de ese anciano
cuyas venerables canas,
ya que no inspiran amor,
exijen ser respetadas!
Tú no sabes el infierno
que incendiaría su alma
si una sospecha cruel
su corazón despertara...

¡Compadece mi dolor
ya que desprecias mis lágrimas!
¡Que no tenga yo al mirarle
que ver mi frente humillada,
al retratarse en la suya
la acusación de una falta!

ALEJ. ¡Inés! Si furtivamente (casi tranquilo)
saliese yo de esta casa
y no me viera tu esposo,
ni criados ni criadas,
*se empañaría tu honor,
padecería tu fama.

INÉS. Mas mi concepto... (escuchando)*

ALEJ. (hace sentar á Inés) Ya llega. (se sienta él también)

INÉS. (¡Qué situación! ¡Dios me valga!)

ESCENA XII

DICHOS, EDUARDO Y JUAN (el primero de uniforme)

EDUAR. Vamos, vamos, basta ya. (con dulzura) (al foro)
Déjame en paz con mil santos. (entrando)
(desasiéndose de las caricias de Juan)

JUAN. ¡Siento un placer cuando pienso (al paño)
que le he tenido en mis brazos! (se levantan á recibir á Eduardo sentándose á tiempo.)

EDUAR. Señora... estoy á sus pies. (ceremonioso)
¿Aún estás aquí, Alejandro? (golpeándole cariñosamente)

ALEJ. (confuso) Hace poco que he venido.

INÉS. (¿Habrá comprendido algo?) (á Alejandro)

ALEJ. (Parece reconvenirme). (á Inés)

EDUAR. A mí me parece largo (después de pasear una mirada por la habitación).
el tiempo para abrazar
á mi padre.

ALEJ. (levantándose) Aun no ha llegado,
pero está aquí tu mamá.
¿No la conoces?
INÉS. (¡Dios Santo!)
EDUAR. Servidor, señora mía; (le da la mano)
papá me mandó el retrato
pero en nada se parece.
(Ni siquiera lo he mirado.) (vivo á Alejandro)
ALEJ. (¡Y lo dice con desprecio!)
EDUAR. *Fué un casamiento muy rápido.
INÉS. Que os dió una segunda madre.
ALEJ. (El parentesco es tan malo). (vivo á Eduardo)
EDUAR. Digna de todo respeto.
(¡En qué estaría pensando! (vivo á Alejandro que le contraría)
Parece una colegiala)*
Te encuentro así... contrariado...
ALEJ. (No le contesto cual debo
por evitar un escándalo.)
EDUAR. ¿Qué tienes, amigo mío? (natural)
¿Cómo te estás tan callado
siendo tú tan decidor? (afable)
ALEJ. (Mi paciencia va agotando
con esa fingida calma).
EDUAR. Responde. ¿Te has puesto malo?
¿Por qué rehusas mirarme?
ALEJ. Déjame en paz y habla claro. (alterado)
EDUAR. ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?
ALEJ. Demente, sí; debo estarlo.
EDUAR. Si no hiciese un breve instante
que de mí te has separado,
dudaría si tu amada
te reservó un desengaño.
INÉS. (¡Ah!) (levantándose)
ALEJ. (incómodo) ¿Qué dices?

EDUAR. (sonriendo afablemente) ¿Lo has creído?
INÉS. (Sin duda ha estado escuchando).
ALEJ. ¡Me voy! (muy contrariado)
EDUAR. (sorprendido) ¿Sin ver á mi padre?
ALEJ. ¡Sí! (taciturno)
EDUAR. ¿Y vamos á separarnos?
¡Por Dios, que si él estuviera,
no te irías de mi lado
al recordarle que has sido
para mí más que un hermano!
ALEJ. (¡Con cuánto cinismo habla!)
EDUAR. ¿No contestas, Alejandro?
Diría que en esta casa
te ha sucedido algo extraño.
ALEJ. (Ya no cabe disimulo.)
Sí; una nube me ha cegado. (fuera de sí
Una atmósfera pesada
que en torno mío vagando
inflama la noble sangre
que por mi mal respetaron.
INÉS. (¡Dios mío!) (retirándose algo)
EDUAR. *(acercándose) ¿Qué te sucede? (con interés)
Tu razón se ha conturbado*
ALEJ. (retirándose de Eduardo se acerca á Inés) (Eduardo mira sorprendido)
(¡Inés; si escuchas mañana (vivo)
los acordes funerarios,
pídele á Dios que perdone
el alma de un desgraciado!)
INÉS. ¡Dadme valor, Virgen Santa!)
EDUAR. (Este es un suceso extraño.) (por Alejandro é Inés)
ALEJ. ¡Eduardo, hasta la vista!) (van hacia el foro)
EDUAR. (¡Cómo le tiembla la mano!) (al despedirle)
¡Bien sabe Dios que me duele (volviendo al proscenio)
la expresión de su quebranto!

ESCENA XIII

INÉS, EDUARDO

EDUAR. Señora, estais demudada.
INÉS. (confusa) Sí; ¡es tan extraño su amigo!
(Disimulemos al menos.)
EDUAR. ¡Si vierais cuánto me aflijo
al verle tan exaltado!
INÉS. (¡No se da por entendido!)
EDUAR. Me temo que esos accesos
le trastornen algo el juicio.
INÉS. ¿Le afectaron otra vez?
EDUAR. Y estuvo en tan gran peligro...
INÉS. ¿Luego ya, no es la primera?...
EDUAR. Qué murmuró á vuestro oído?
INÉS. Frases vagas... incoherentes... (algo turbada)
EDUAR. Síntomas del extravío. (preocupado)
INÉS. ¿Cuál fué la primera causa?
EDUAR. Estar gravemente herido (Inés escucha con interés creciente)
y no poderse batir,
derrotar al enemigo,
porque Alejandro es valiente; (entusiasta)
¡el dudarlo, fuera indigno!
Durante tan larga ausencia
cual me señaló el destino,
lejos de mi amada patria
y de mi padre querido,
hallé en él, no un compañero
ni tampoco un fiel amigo,
sí, un hermano cariñoso,
cuyos cuidados prolijos
jamás pudiera olvidar
sin ser odioso á mí mismo.

Aún recuerdo que una noche, (conmovido)
por la fatiga vencido,
caí moribundo, inerte,
cerca del campo enemigo.
Mil veces pensé morir
sepultado en el olvido
ó víctima de la saña
de cobardes asesinos;
y en plegaria fervorosa
al cielo elevé mi espíritu,
dando un adios á mi España
y otro á mi padre querido.
En tan infeliz estado,
sin conciencia de mí mismo,
pasé no sé cuanto tiempo
en el letargo sumido.
Ya despierto, ví brillar
unos ojos compasivos
que me miraban con ansia.
¡Qué despertar tan tranquilo! (expansivo)
Hallábame entre los brazos
de mi hermano tan querido.
Yo, con fraternal amor
en su pecho busqué abrigo,
y de gratitud lloraba
en aquel sagrado asilo,
como en brazos de su madre
seguro descansa el niño
que acabara de salvarse
de un inminente peligro.
El me estrechó con ternura,
yo le ví con regocijo,
y en dulce y estrecho lazo
vivir los dos ofrecimos,
jurándonos por el cielo (marcado)

no sernos nunca ofensivos
aun mediando entre nosotros
la gravedad de un delito.

INÉS. *¡Qué relato tan hermoso!
Me habéis con él conmovido.
No extraño que así le améis
porque yo también le admiro.*

EDUAR. Yo le quiero y le respeto;
á veces, su genio vivo
le hace hablarme con dureza;
mas, muy pronto arrepentido,
desvanece mi disgusto
aumentando su cariño.

INÉS. (¡Acaso un día cercano
me interponga en su camino,
como una sombra de muerte,
como un espectro fatídico!)

EDUAR. Os encuentro preocupada.

INÉS. ¡Oh! sí, sí, me ha entristecido
cuanto acabáis de decir. (escuchando).
¡Mas, parece que oígo gritos!
(Acaso nueva desgracia (yendo hacia el foro.)
nos amenaza. ¡Dios mío!) (mirando)
¡Mi esposo! ¡Mi esposo! ¡Eduardo! (éste se acerca)
¡Vuestro padre viene herido!

ESCENA XIV

DICHOS, JUAN, DOS CRIADOS (conduciendo á don D. Pedro herido en la frente)

EDUAR. ¡Padre! (precipitándose hacia el grupo).

INÉS. (acercándose). ¡Pedro de mi alma!
*Mira que estamos contigo.

JUAN. ¿Pero qué es esto, Señor?
¡En qué estado le han traído!*

EDUAR. ¿Quién ha sido el criminal? (á todos)

PEDRO. ¡El corazón á latidos (volviendo del sopor)
me quiere romper el pecho! (Eduardo reconociendo la herida y teniéndole en sus brazos).
Yo quiero ver á mi hijo!
¡Vida, un momento no más!
¿Dónde estás, dónde, hijo mío?

EDUAR. ¡Padre! ¡Padre de mi alma! (abrazándole).

INÉS. ¡Pedro! (á Eduardo) ¡Se ha desfallecido!

EDUAR. (consternado á Inés) Haced llamar al Doctor. (registrando la herida. Inés aparenta dar órdenes á Juan y al que haya sido relevado por Eduardo. Ambos hacen precipitado mutis).

INÉS. ¿Es la herida de peligro? (á Eduardo

EDUAR. ¡Su edad es tan avanzada!

INÉS. *(¡Mis presagios! ¡Mi destino!)
Ved como corre la sangre. (á Eduardo)*

EDUAR. Esta sangre es el bautismo (marcado hasta el final
que ha de caer gota á gota
sobre el mísero asesino.

TELON.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

INÉS Y MARINA

(La primera sentada examinando una carta en actitud meditabunda Marina sentada á sus pies mirándola con interés.)

MARI. ¡Jesús, Señora! ¿Qué dice
esa malhadada carta
que convierte vuestros ojos
en triste raudal de lágrimas?

INÉS. ¡Dichosa quien, como tú,
sólo siente contemplarlas
y no surcan sus mejillas
ni le emponzoñan el alma!
Lágrimas hay reprimidas
que en silencio derramadas,
sin marchitar nuestro rostro
la felicidad empañan.

MARI. ¡Ah! Señora. ¡Quién pudiera
merecer su confianza,
y si no os diera consuelo
al menos con vos llorara! (la besa una mano con efusión.)

INÉS. ¡Eres buena y cariñosa!
MARI. De no serlo, fuera ingrata:
¿cómo pudiera olvidar,
que cuando llegué á esta casa
estaba sola en el mundo
y me mirasteis con lástima?
Vos me dísteis protección
y debo ser vuestra esclava,
pues amor me dispensáis
cual si fuese vuestra hermana.
¿No queréis que al veros triste
pierda la dicha y la calma?
¡Y pensar que haya yo sido
de vuestro dolor la causa!
INÉS. ¿Tú?...
MARI. Sí, señora; yo os traje
esa nueva tan infausta
*en que se encierra el misterio
que vuestro pecho traspasa.*
INÉS. Marina; cuando corremos
en pos de alguna desgracia,
lo hacemos bajo su influjo;
el destino nos arrastra.
Ese destino infalible
otra mano es quien lo traza
con caracteres tan firmes
que su sentencia no falla,
*y ella ha estampado en mi frente
de mi desventura amarga
el sello, con sus rigores
y su constante amenaza. (reprimiendo el llanto)*
MARI. ¡Ah! señora, ¡quién dijera,
siendo de su esposo amada,
dotada de gran fortuna
y de hermosura tan rara,

que haya en vuestro corazón
dolores que le desgarran!

INÉS. Sí, Marina, rudos golpes, (marcado con sentimiento)
obligaciones sagradas,
recuerdos que nunca mueren,
que nuestra existencia apagan
y cuanto más nos oprimen
más poderosos se alzan.
Escucha, escucha, hija mía,
la amargura de esta carta
y entenderás el secreto
que mi vida así acibara:
(leyendo) «¡Desgraciado el corazón
que jura amor á una ingrata!...
¿Ingrata? ¡No, no; me duele
que te ofendan mis palabras!
¡Cuánta ilusión venturosa,
cuánta dicha malograda,
cuánto amor... cuánto tormento
y cuántas protestas falsas!»
(hablado) ¿Por qué corrió tan veloz
el sueño de mi esperanza?
(leyendo) «¡Inés, Inés! Tú no ignoras
cuál te adoraba mi alma;
quiera Dios que no comprendas
lo que un desengaño mata... (ligera pausa)
Ya ciego, desesperado,
aun muy cerca de tu casa
¡quise acallar esta guerra
dando á mi espíritu calma! ..»
(hablado) Sí, la calma del sepulcro,
ante la que todo calla.
(leyendo) «¡Y atenté contra mi vida,
mas mi desdicha fué tanta,
que un anciano se interpuso

siéndole la suerte infausta!
El me detuvo la mano
cuando ya el tiro saltaba
y hube de herirle sin duda
*con aquella traidora arma...» (Inés muy preocupada dice:)
(hablado) ¡Siempre su sino fatal
se encadena á mi desgracia!*
(leyendo) «Pronto le dieron socorro
los criados de tu casa,
y yo fuí desesperado
á tomar de mí venganza;
pero mi fatal destino
no quiere decirme: ¡basta!...
¡Yo necesito, Inés mía,
absorber en tu mirada
la vida que da el amor
ó la ingratitud que mata!
¡Mi existencia es sólo tuya,
por tí quise conservarla,
y si no puedo vivir,
al menos muera á tus plantas!» (queda abatida)

MARI. *No cabe duda... él ha sido...

INÉS. ¡Sáciate, suerte inhumana!*

MARI. Sí... (con tristeza)

INÉS. La sangre de su padre
el hijo juró vengarla.

MARI. Le dominó el sentimiento.
¿Vuestro esposo no declara
ser el suceso impensado?

INÉS. A Eduardo no le basta
tan sincera confesión,
y veo en su adusta mirada
ya la sospecha cruël
ó reconvención amarga...

Espía mis movimientos,
es mi sombra, es un fantasma,
que sosprender quiere el crimen
en el cristal de mi alma! (vuelve á examinar la carta; y Marina á contemplarla silenciosa y triste)

ESCENA II

DICHAS, EDUARDO (puerta lateral izquierda que se supone en comunicación con el interior)

EDUAR. Algún secreto se oculta (al paño)
que yo sabré sosprender:
¡ay de tí, pobre mujer,
si otro amor á su honra insulta! (adelantando lentamente hacia el proscenio)
Ella se oculta á su esposo...
Mi padre en silencio llora
y yo velo hora por hora,
siempre del honor celoso.

INÉS. (Inès escucha con recelo y guarda la carta)

MARI. Siento pasos. (levantándose)

INÉS. (levantándose) ¡Ah! ¿Quién es? (inquieta)

EDUAR. ¿Acaso indiscreto soy?
Si os importuno, me voy.

MARI. Señorita, hasta después. (hace mutis por el foro)

ESCENA III

INÉS, EDUARDO

EDUAR. Señora, estáis agitada,
los ojos tenéis llorosos
y gemidos angustiosos
reprimís... ¿Qué os pasa?

INÉS. (angustiada) Nada (queriendo aparecer serena)

EDUAR. Sí, vuestro inseguro acento
ha vendido el corazón.
No llaméis á la razón,
que la mata el sentimiento.

INÉS. ¿Y qué extraño es que me aflija (repuesta ya)
por los males de mi esposo,
si va en ello mi reposo
y el bienestar de mi hija?

EDUAR. No comprendo ese temor
si el incidente ha pasado;
así lo ha pronosticado
nuestro entendido Doctor.

INÉS. Pero no ha pasado el mal.

EDUAR. Sí; en tanto le haga sufrir...

INÉS. Entonces... ¿á qué argüir?

EDUAR. Es una afección moral.
¿No le veis vivir sin calma?
Acaso el brazo homicida (muy marcado)
al vengarse en leve herida
asestó el golpe en el alma...
Y ese honor al sentimiento
habla más bien en favor
de quien uniese al dolor
la voz del remordimiento.

INÉS. Es decir, que habéis dudado... (con dignidad)

EDUAR. Si; y pido al cielo me alumbre... (respetuoso)
pues no sé que incertidumbre
casi al llegar me ha cegado.

INÉS. Si vuestro juicio es insano, (tratando de hacer mutis. Eduardo la detiene)
mirad á quien acusáis.

EDUAR. ¡Señora! ¿por qué tembláis?
¿Por qué abrasa vuestra mano? (por la que ha retenido.)

INÉS. ¡Acabemos de una vez; (con dignidad y desasiéndose)
rechazo la acusación
de quien pide confesión
sin derecho á ser mi juez!

EDUAR. Ya que os juzgáis inocente,
perdonad esta violencia;
si no os grita la conciencia,
podéis hablar libremente.
Despejad mi corazón (casi suplicante)
del peso que le anonada;
enseñadme la alborada
tranquila de la razón.
Decid: Si vos sospecháis (persuasivo)
quién fué el mísero alevoso
que hoy turba nuestro reposo,
¿por qué no lo confesáis?
Si ocultáis haciendo agravios
un nombre... ¿por qué callar?
Dejadle libre pasar (vehemente)
del corazón á los labios.
Que si en su pecho se abriga,
le quema, y ese calor,
puede empañar vuestro honor;
mirad á cuanto os obliga. (lijera pausa)
(transición) ¡Si vuestra calma acrecienta
la sospecha que aquí arde!...
Respondedme, no sea tarde (amenazador)
á conjurar la tormenta:
Decidme: ¿no habéis pensado
quién puede ser el traidor?

INÉS. No; cuando impera el dolor
el juicio se halla ofuscado.

EDUAR. Pero en esa ofuscación, (muy vehemente)
hija de vuestro interés,
preguntad, por Dios, quién es

y responda el corazón.
¿Quién á mi padre aborrece?
¿Quién puede ser su enemigo?
¡Pronto, el nombre que maldigo!... (muy imperioso)
¡Ah, señora! ¿os estremece?

INÉS. ¡Eduardo! ¿Qué decís?
Que estáis demente deploro,
os aseguro que ignoro... (turbada)

EDUAR. ¡Y yo digo que mentís! (enérgico)

INÉS. Basta ya. (medio mutis)

EDUAR. (deteniéndola) Viene mi padre; (escuchando)
haced porque no comprenda...
(Yo descorreré la venda
aunque su pecho taladre.)

ESCENA IV

DICHOS, D. PEDRO (convaleciente)

Se acercan á recibirle mal dominados. Pedro les observa con extrañeza

EDUAR. Desobediente al Doctor; (afectando sonreir)
bien, muy bien; le será dicho. (ayudándole á sentar)

PEDRO. (¡Los dos solos! ¡Qué combates
de luchas y de martirio!)

INÉS. Pedro, ¿te encuentras mejor? (acercándose con timidez.)

PEDRO. Con vuestro interés prolijo... (con ironía)
¡Me tenéis abandonado! (con sentimiento á su hijo)

EDUAR. Tienes razón en reñirnos. (se sienta á su lado)

PEDRO. Como la vejez asusta, (con dulce reconvención)
y como ustedes son niños...

INÉS. Pedro, tu reconvención (se sienta algo retirada)
me da tormento, me aflijo.

PEDRO. ¡Cuánta, cuánta ingratitud!

EDUAR. Decís muy bien, padre mío, (abrazándole)
y de mi falta pasada
humilde espero el castigo. (Pedro le abraza)
Padre, ¿pensáis como yo?

PEDRO. Tú dirás en qué, hijo mío.

EDUAR. Que no hay cariño tan puro
como el de padres é hijos.

PEDRO. Cuando los hijos son buenos... (muy marcado y con profundo sentimieuto.)
es don del Cielo infinito,
mas ¡ay! cuando se extravían,
son nuestro mayor martirio.

EDUAR. ¡Queja no tendréis de mí!

PEDRO. (¿Por qué esta duda, Dios mío!)

EDUAR. Venga otro abrazo y por Dios, (vuelve á abrazarle)
no os quejéis de mi delito.

PEDRO. (á Inés) ¿Por qué estás tan silenciosa?
Estábais tan distraídos...
Digo, creo que escuchaba... (Inés mira con ansiedad á Eduardo.)

EDUAR. Hablábamos de un amigo,
que por cierto espero hoy.

INÉS. (¡Qué tormento tan continuo!)
(Si al fin habrá sospechado...)

EDUAR. Es un excelente chico.

PEDRO. Sí, tu hermano de campaña.

EDUAR. Merece ser vuestro hijo.

PEDRO. Aún no se ha dejado ver.

EDUAR. Pero su nombre está inscrito
más de una vez en las listas...
Como interés, lo ha tenido.

PEDRO. Pero á tan gran amistad...

EDUAR. Tiene un carácter tan vivo
que por una bagatela
se queja de mí ofendido,

y hasta ha tenido valor
de ocultar su domicilio;
pero yo le quiero tanto
que dí esta ofensa al olvido,
y hoy mismo le hablé en la calle
y venir, vendrá de fijo.
Daré la orden á José (levantándose)
para que pase aquí mismo,
y espero que satisfecho
ha de dejaros mi amigo... (á los dos)
Bien, que vos le conocéis. (á Inés)

PEDRO. ¡Hola! ¿Y cómo no me has dicho?...

INÉS. Absorta en otras ideas, (confusa)
de ésta me habré distraído.

PEDRO. Distraída estás, sin duda. (con amargura)

EDUAR. Voy, pues, y vuelvo ahora mismo. (hace mutis por el foro.)

ESCENA V

D. PEDRO, INÉS

PEDRO. Siéntate á mi lado, Inés,
y escucha mi voz amiga. (Inés se sienta inmediata á D. Pedro.
¡Tus ojos están llorosos (examinándola con profundo interés.)
y es tan triste tu sonrisa!
¿Qué secreto esconde tu alma,
que está abrasando la mía? (Inés oye confusa)
¡Cuánto, Inés, cuánto he sufrido,
qué amargos son estos días;
cuánto dolor, cuánta duda
y cuántas penas! ¡Tan vivas, (asiéndole una mano)
que ante lucha tan violenta

siento extinguirse mi vida!... (Inés quiere dominar el llanto y al fin lo enjuga.)
¡Tiemblan tus manos y lloras!
¡Llora mucho, sí, hija mía! (Inés solloza)
¡Lágrimas, don celestial,
bálsamo que purifica!
¿Será tu llanto el rocío (atrayéndola)
del alma pura y sencilla,
ó de un volcán de pasiones,
será lava desprendida?...

INÉS. *No comprendo tus recelos... (retirándose suavemente.)
No me explico tus enigmas...*

PEDRO. Há tiempo que te hallo triste,
preocupada, pensativa...

INÉS. Será que abrasa mi pecho
la sangre de tu ancha herida.
Es que lloro tus pesares
y me aflije esa desdicha
con que atormentas tu mente
de puerilidades hija... (atrayéndola nuevamente y mirándola con profundo interés.)

PEDRO. ¿Por qué no brilla en tus ojos
la superficie tranquila
de ancho mar, que hasta su centro (Inés inclina la mirada.)
deja ver desde la orilla?
¡Valiera más que los míos (rechazándola con angustia.)
hallasen su luz perdida
y no vieran el rubor
que enrojece tus mejillas!

INÉS. ¡Si cada palabra tuya
hiere del alma una fibra!... (conmovida)

PEDRO. ¡Aún puede que no sea tarde!
Sí; si tu alma sin mancilla (persuasivo)

se puede alzar hasta mí,
¿por qué callas, Inés mía?
Si una dormida pasión
acaso tu ser agita,
¿por qué á mi amor ocultarla
si de este amor eres digna?
¡No es la lucha la que ofende,
ni el recuerdo es el que humilla,
vale mucho la mujer
que sus pasiones domina!
Recuerdo... que hace muy poco (reflexionando)
llorando te estremecías,
al oir que de la guerra
los vencedores volvían. . (mirándola con interés)
¡Y aún creo que te estremeces!..
Es más: ¡si mi alma adivina
ese terrible secreto
para aumentar mi agonía!

INÉS. ¡Pedro! (¡Si todo lo sabe!)

PEDRO. ¡Habla! Mi honor lo suplica.
Dime que tu casta frente
no ha empañado la perfidia:
dí que no fuistes infiel
al juramento que un día
hiciste al pié del altar
cuando fué tu amor mi vida.

INÉS. No, Pedro, no; ¡te lo juro!
Mi conciencia está tranquila
y si pudiera no amarte
jamás de tí fuera indigna.

PEDRO. ¡Ya diviso en lontananza
iris de mi paz bendita!
Mi confianza te daré
y vuélveme tú la dicha.
Habla Inés, habla, que ofensas

hay que el amor las olvida.

INÉS. ¡Pedro! ¡Si son fuegos vagos
de calcinadas cenizas
que al quererlas extinguir
suele saltar una chispa!...
¡Esto es todo, todo, Pedro!

PEDRO. (conmovido) Déjame que te bendiga (rodeando sus sienes cual si la fuese á besar la frente.)
por tu noble confesión.

INÉS. Sí; pero nunca me exijas
un nombre que olvidaré.

PEDRO. Tu labio jamás lo diga; (estremecido)
cállalo, sí, que el dolor
acaso me mataría,
y si asomase á los míos... (aterrado)
¡dime que fué mi malicia!
¡Sí, dilo, dilo mil veces,
que hay secretos que asesinan! (queda abstraído)

ESCENA VI

DICHOS, MARINA

MARI. Señorita. (desde la primera puerta del pasillo que se supone de la niña.)

INÉS. (sobresaltada) ¿Qué ha ocurrido? (levantándose)

MARI. Que está llamando la niña.

INÉS. (Esa es la voz del deber
que la Providencia guía.) (mira á D. Pedro indecisa)

PEDRO. *Corre, Inés, hacia su lado,
y da mil besos á tu hija.*

ESCENA VII

D. JOSÉ

Ya escuché la confesión
sincera y fiel de sus labios...
si en ella no ha habido agravios,
¿qué te apena, corazón?
¡Es que empiezas á sufrir
cuando soñabas gozar!
Es... que este sagrado hogar
es forzoso dividir... (ligera pausa de dolor)
Mi hijo turba mi reposo,
juntos no caben los dos;
pudiera pedirme Dios
cuenta, de un crimen odioso.
Estaban los dos unidos (reflexionando)
buscando la soledad...
¿Es sospecha? ¿Es realidad?
Se trastornan mis sentidos...
¿Será error? ¿Será ilusión? (exaltándose gradualmente.)
¿Me habré engañado yo mismo?
¿No hay á mis pies un abismo
que á él arrastra mi razón?
(transición) ¡Pasa ya, dicha soñada,
recuerdos de fé y de amor
y que se pose el dolor
sobre mi frente nevada!
Corra á raudales el llanto
que amargo inunda mis ojos,
nadie mira mis sonrojos...
llorad vuestros desencantos. (solloza)
(Escuchando. Hacia el foro).

Mi hijo llega. (se levanta) ¡Qué emoción!
¡Verá mi debilidad!...
¡Huiré y en la soledad (encaminandose á su habitación.)
daré á mi alma expansión! (mutis)

ESCENA VIII

ALEJANDRO (foro) EDUARDO

ALEJ. (con dulzura) Basta de reconvención.
EDUAR. ¡Te echaba tanto de menos!
ALEJ. Ya estoy aquí, si he tardado (con volubilidad)
sin darme cuenta del tiempo,
no es culpa mía, ya sabes
que cumplo lo que prometo.
EDUAR. Sigues triste, preocupado, (mirándole con interés)
te encuentro abatido, enfermo...
ALEJ. Sí, Eduardo, las sonrisas (con tristeza)
de mis labios se extinguieron
al arrancar de mi alma
sus más caros sentimientos.
EDUAR. Alejandro, amigo mío,
es tu pesar triste eco
que vibra en mi corazón
con doloridos acentos,
despertando en mi memoria
la vida de los recuerdos.
ALEJ. Déjalos dormir en paz.
EDUAR. No, su memoria invoquemos:
Yo era un ser abandonado,
casi un espíritu muerto,
un cadáver, que á la vida
volviste con tus desvelos. (echándole un brazo al cuello y atrayéndole)
¿No soy tu amigo, tu hermano? (cariñoso)

ALEJ. Eduardo... (rechazando dulcemente)
EDUAR. Sea mi pecho
la cuna de tus pesares,
de tu confianza el centro...
Quizás mi poca experiencia
no te depare consuelo;
mas á mi franca ternura
fía ese triste secreto
y en cariñosa expansión
los dos juntos lloraremos.
ALEJ. No; perdóname, Eduardo;
hay en la vida misterios
que á contener su amargura
el corazón es pequeño...
¡Debo sufrir y callar
aunque me ahogue el silencio!
EDUAR. Hoy quizá, mejor que nunca,
comprenda tu sentimiento.
Yo también sufro, Alejandro;
*también en mi frente ha impreso
triste huella otro pesar
dejando en el alma el sello.*
Yo no sé si consultarte
ó si á mi vez callar debo;
hay sospechas imprudentes
que el honor ponen en riesgo.
ALEJ. (¿Habrá dudado de Inés?)
El que vaga en el desierto
¿cómo mostrar el camino
al que errante llega ciego?
Hoy te llamas desgraciado
y tienes amante seno
donde acallar tu dolor:
tienes padres, yo no tengo
ni lágrimas que llorar!

Que ya sus raudales fueron
extinguidos como el agua
devorada por el fuego.
¡Solo soy! ¡Quizás no haya
á quien aflijan mis duelos!...

EDUAR. Eres injusto, Alejandro.

ALEJ. Perdóname si te ofendo.
Yo soy un pobre demente,
que vaga en el desconcierto
de tan confusas ideas
que entre sus sombras me pierdo.
Tú eres bueno, cariñoso,
me quieres más que merezco...
A tí ilumina la aurora
de tu porvenir risueño;
á mí con su ceño adusto
me muestra un camino incierto;
distinta mano nos guía...
deja que nos separemos. (tratando de irse)

EDUAR. ¡Nunca! Mi casa es la tuya,
y hoy que en mi poder te tengo
no te dejaré partir,
de mi amistad eres preso:
Volverás á ser dichoso
en este retiro ameno:
Mi habitación es hermosa;
es un nido de recreo:
Si quieres la soledad,
de todos estamos lejos,
y allí en fraternal unión
el dolor mitigaremos.
¡Y quién sabe si algún día
con mi cariño sincero
las dudas que hoy te atormentan
venga á disipar el tiempo!

Te presentaré á mi padre. (queriendo llevarle. Alejandro rechaza dulcemente)
Ese anciano, á quien respeto,
*nos trazará con su amor,
de la dicha el derrotero.*

ALEJ. ¡Amarme tu padre á mí! (con extrañeza inusitada)
No puede ser, no lo creo:
Deja, deja que me vaya
y quede todo en secreto:
Vine aquí por vez postrera,
y antes que los dos lloremos
mi poca resolución,
déjame que salga, al menos,
con la conciencia tranquila
y con los santos recuerdos
velados del infortunio,
de profanación exentos.

EDUAR. ¡Tus palabras me extremecen!

ALEJ. (abrazándole) ¡Adiós, para siempre! (Al abrazarle queda de frente al pasillo en el momento que Inés sale de la habitación de la niña. Vacila un instante, y al fin entra en su cuarto)

INÉS. (¡Cielos!) (al verle)

EDUAR. (por la mutación de su amigo)
¡Qué mutación! ¡Qué temblor! (mirando á todos lados)

ALEJ. (Mirando con interés hacia la habitación de Inés)
(Soy un cobarde y no puedo
consumar mi sacrificio.)
Tu proposición acepto.

EDUAR. (contrariado) ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

ALEJ. ¡Sólo ahora he sido cuerdo;
tú me ofrecías la dicha
y en rechazarla fuí necio!
(¡Si me precipitan todos!
¿Cómo huir?) No, no; me quedo:

Te dejo algunos instantes,
mas pronto á tu lado vuelvo. (Váse rápido por el foro.)

ESCENA IX

EDUARDO

(reflexionando) ¡Tembló! ¡Vaciló un instante
y huyó sin decirme al menos
qué causa pudo mover
tan encontrados afectos! (ligera pausa)
Pasó fugaz una sombra...
¿Sería Inés? ¡Justo cielo! (muy marcado)
¡Qué rayo de luz, Dios mío!...
¿De luz? No, ¡mortal incendio
que al fulminarle su mano
arde en venganza mi pecho! (llega á la entrada de pasillo y se detiene)
*¡Vela una nube mi vista,
voy á mirar y no puedo
y torturando mi mente
no quiero creer... y creo!*
¡Allí está la criminal!... (adelantando)
¡suspira!... ¡tiembla!... ¿Qué veo?
¡llora!... ¡escribe!... ¡Ah, si pudiera
suplir la vista mi anhelo! (entra resueltamente en el pasillo. D. Pedro sale de su habitación)

ESCENA X

D. PEDRO

¡Me aterra la soledad (muy triste)
y esta calma me da horror; (mirando con terror á todos lados)

el silencio es precursor
de meditada maldad!...
¡Qué zozobra! ¡Qué tormento! (agitado)
¡Qué triste es el desencanto! (llegando al final del proscenio)
¡Cómo abrasa el alma el llanto!
¡Cuánto avanza el pensamiento!...
¡Dudas! ¡celos! ¡odio! ¡amor! (marcado)
¡Guerra que mi pecho alienta,
desoladora tormenta
que ruje mi deshonor! (subiendo hacia el pasillo en el momento que Eduardo vuelve)

ESCENA XI

D. PEDRO Y EDUARDO

EDUAR. (saliendo) En vano se obstina el hombre
si hay imposible que impida. (se encuentra con don Pedro)
¡Padre! (con acento de sorpresa y dolor D. Pedro atónito)

PEDRO. (reponiéndose) Quien de Dios se olvida, (indignado)
profana tan dulce nombre.

EDUAR. ¡Padre mío! (sorprendido)

PEDRO. (con desesperación) ¡Horas fatales,
abandonadme los dos (mirando hacia la habitación de Ines.)
y que ante el juicio de Dios
respondan los criminales! (Eduardo aterrado oculta el rostro entre las manos. D. Pedro queda en actitud imponente)

TELÓN RÁPIDO.

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es de noche

ESCENA PRIMERA

EDUARDO

(Terminando la escritura de una carta, se levanta y mira con terror á todas partes)

¡El eco acusador, duro, imponente,
aún resuena implacable en mis oídos
y de mi mente al ahuyentar las sombras
ellas me arrastran tras de sí al delirio!
¡Pobre insensato, me arrojé inexperto
en los brazos del hombre, infiel amigo,
que con falsas protestas me engañaba
para hundirme más tarde en el abismo!...
¿Debo huir de esta casa cual culpable?
¿Debo inmolar mi dicha al sacrificio?
¿Doblegaré mi frente sin mancilla
para espiar la culpa que no abrigo?
¡Contesta, corazón; razón, responde!
A tu vista se ofrecen dos caminos:
Arrancarle la máscara al hipócrita
arrojándole al rostro su delito,
ó vivir desterrado para siempre
oyendo sin cesar: ¡Yo te maldigo!

La sociedad me cerrará sus puertas;
en mi inocencia acusará cinismo
y acaso de mi vista horrorizada (aterrorizado)
se alejará diciendo: ¡Hijo maldito! (se oye un timbre en la habitación de Inès). (Eduardo como volviendo en sí)
Ese resorte que su mano mueve,
llega á mi corazón cual un gemido,
cuyas notas perdidas en silencio
parece un llamamiento á mi juicio.
¿Será el débil lamento del dolor
que en triste soledad repite el mío?...
¡Hieren sus ecos las fibras de mi alma
despertando el imperio de mí mismo!
¿Será Inés criminal? ¿Será inocente? (pausa durante la que Inés cruza á la habitación de su hija)
Ella otra vez aquí; ¡valor, Dios mío! (va á su encuentro)

ESCENA II

EDUARDO É INÉS

INÉS. (¡Eduardo!) (quiere retroceder)
EDUAR. (deteniéndola) ¡Inés; la Providencia os guía!
Escuchad un momento, no mi voz,
el eco del dolor que me domina!
No sé si hablo á la mujer culpable
ó compadezco á la inocente víctima;
hay momentos que irradia vuestra frente
aureola de luz que me ilumina.
No asomará á mis labios leve ofensa
ni hasta vos llegará mi queja altiva.
Compadeced al hombre desgraciado
y tended una mano á quien se humilla.
INÉS. Hablad, hablad, por Dios, que yo comprenda

lo que decirme quieren sus enigmas;
me habéis juzgado mal y en vos miraba
al enemigo ó al enojoso espía.
Ni odio tengo, ni amor á quien me ofende,
mas su conducta es de los dos indigna.

EDUAR. Olvidad un momento esas ofensas
de aberraciones cariñosas hijas,
y haced que en torno de mi amado padre
renazcan horas de pasadas dichas.
Yo, lejos de mi hogar y de mi patria,
esperaré que amante me bendiga
y tornaré á estrecharle entre mis brazos
si esta afrentosa nube se disipa.

INÉS. ¿Salir de vuestra casa? ¿Qué decís?
¿Turbaréis sus ensueños de alegría
y romperá la ingratitud del hijo
los vínculos sagrados de familia?

EDUAR. ¡Desgraciado de mí! Todos ignoran
el generoso impulso que me guía
á abandonar los íntimos afectos
que en horas más felices sonreían!
¡Decidle, Inés, á mi querido padre,
que parto con el alma dolorida! (entregándole la carta)
Que endulzará su nombre mis pesares,
y que alejado de él espero el día
en que la luz de una conciencia recta
la inocencia refleje de otra digna. (pausa de tristeza)

INÉS. Continuad, porque noto en vuestro acento
un algo que no entiendo y me intimida.
¿Abandonar á vuestro anciano padre...
y habláis de acusación y de desdichas?
¡Explicaos, por Dios, que yo os comprenda;
ved, que vuestras palabras me asesinan!

EDUAR. *¡Harto, señora, mi actitud os dice
y elocuentes mis frases os lo explican;
volved los ojos á pasados hechos
y ese misterio aclararéis vos misma!*
Velad muy cerca de tan digno esposo;
haced que no comprenda mi partida,
y á la mañana, al despuntar la aurora
dibujando en las sombras sus sonrisas,
trazará sus albores mi destino
y en este hogar renacerá la dicha.

INÉS. *¡Injusto fuisteis, pero yo os perdono
en gracia al noble impulso que os domina!*

EDUAR. Si á grandeza de alma respondiese
la pequeñez, la infamia, la perfidia,
se trocara el cordero en un león,
en un verdugo la inocente víctima;
y olvidando promesas que hoy respeto,
ante el mundo alzaré mi frente altiva.
Señora, adiós, que el cielo os ilumine. (inclinándose)

INÉS. (sentimiento)
¡Adiós, Eduardo, adiós, que Él os bendiga!

ESCENA III

INÉS

Fatal acontecimiento
que viene á turbar la calma
acrecentando en el alma
la lucha, el remordimiento.
Yo he perdido mi reposo;
él perdió su bienestar.
¿Quién le ha podido acusar

de un crimen tan espantoso?
¿De quién partirá este agravio,
esta acusación que aterra?...
¡Porque en su pecho se encierra
sin asomar á su labio!...
Merece esta abnegación
que yo ampare su inocencia. (cual si la costase trabajo entrar y dominándose)
¡Es un deber de conciencia!
¡No me arguyas, corazón!
Es necesario vencer
y no la duda aumentar,
que yo no quiero luchar
entre el amor y el deber. (va á entrar en la habitación de D. Pedro á tiempo que Marina, volviendo por el foro muy excitada, la detiene)

ESCENA IV

INÉS Y MARINA

MARI. (agitada) Señora, don Alejandro
ha leído vuestra carta
y está demás que le diga
la besó y selló con lágrimas.
INÉS. ¿Está dispuesto á marcharse?
MARI. Sí, porque usted se lo manda.
INÉS. ¡Gracias, Dios mío! Préstale ahora
persuasión á mis palabras
para que lleve á mi esposo
la tranquilidad del alma. (va á entrar. Marina la detiene)
MARI. ¡Pero esperad un momento!
INÉS. (inquieta) ¡Marina, por Dios, acaba!
¡No sabes cuántas desdichas

se ciernen sobre esta casa,
y si perdemos el tiempo
será muy tarde mañana!

MARI. Don Alejandro suplica
escuchar una palabra,
un adiós de vuestros labios!
Aunque sea una mirada
como eterna despedida!

INÉS. ¡Qué petición tan extraña! (preocupada)

MARI. ¡Señora! ¡Si hubieseis visto (insistiendo con interés)
con cuánto afán suplicaba,
también os conmovería
con su amargura y sus lágrimas!
Una entrevista inocente, (persuasiva)
¿es acaso alguna falta?
Tal vez quiera despedirse
al abandonar su patria...
desterrado por amor,
que es culpa que no degrada.
¡Si vierais qué gran pesar
su semblante retrataba!...
¡Y aún hay algo más, señora,
que repetirlo me espanta!

INÉS. ¿Qué? (inquieta)

MARI. Dijo fuera de sí.
—Si no alcanzo que tu ama
por última vez me vea,
iré á morir á sus plantas:—
¡Tan joven, desesperado!... (interceciendo)

INÉS. ¡Siempre la misma amenaza!

MARI. Voy á decirle que venga. (movimiento)

INÉS. ¡Imposible! ¡No, no vayas! (deteniéndola)

MARI. Si nadie puede enterarse.

INÉS. ¡La hora es ya tan avanzada!... (dudando)

MARI. ¿A qué viene ese temor?

INÉS. Dile que venga mañana
y le ofrezco recibirle.

MARI. Con tanta impaciencia aguarda
que creerá es una evasiva.

INÉS. Yo le empeño mi palabra. (se oyen unas palmadas muy suaves)

MARI. Es todo inútil, señora,
mañana será mañana. (se cerca al balcón y mira)
He percibido la seña
que su impaciencia declara.
Cruza el jardín... no hay remedio. (yendo y viniendo)
¡No estéis, por Dios, inmutada!
Serenidad ante todo.

INÉS. ¿Y Eduardo? (extremecida)

MARI. (despreocupada) Se va de caza
según me dijo José
que los aprestos juntaba,
cumpliendo fiel el mandato
que el amo le encomendara
de preparar municiones
propias para la jornada. (sensación en Inés)
¿Os estremecéis, señora?

INÉS. Marina, no sé qué pasa (cual si estuviese trastornada)
por mis ojos... ¡Qué temblor!... (muy agitada)
(¡Presentimientos!) No es nada. (queriendo dominarse)

MARI. Voy á cuidar de María,
no la inquiete mi tardanza. (movimiento)

INÉS. ¡Oh, no! No me dejes sola. (deteniéndola)
No te vayas! No te vayas! (mirando inquieta á todos lados)
¡Sal y detén á Alejandro! (suplicante)
¡Dile que inunda mi alma
un piélago de dolores!
Que mi corazón abrasa

un torrente de pesares;
dile, en fin, que soy esclava
de un juramento sagrado
que ante el Altar... (se detiene, volviendo á mirar con sobresalto) ¡Calla, calla!
¡Esto no; no se lo digas,
que los recuerdos se exaltan!
¡Consulta tu corazón, (exaltada)
y si es verdad que me amas...
háblale á sus sentimientos,
hiere las fibras de su alma...
y si no fuese bastante (Alejandro al paño)
arrodíllate á sus plantas! (Marina va á salir, y al ver á Alejandro, retrocede y entra en el cuarto de la niña)

ESCENA V

INÉS Y ALEJANDRO (de uniforme) (al paño)

ALEJ. (sentimiento) (¡Sí; por siempre la he perdido!)
Aunque aumente tu pesar (adelantando hacia Inés que queda como petrificada)
es necesario sellar
la página del olvido. (extrechándole las manos que habrá tendido hacia él en actitud suplicante)

INÉS. ¡Alejandro! ¡Compasión!
¡Termine ya esta tortura!

ALEJ. ¡Eres ingrata y perjura, (rechazándola)
sin alma y sin corazón!

INÉS. *¡Vete, vete, por piedad!...
¡Deja que muera tranquila
y el dolor que me aniquila
santifique mi lealtad!
¡Compadéceme; no así (con ternura)

precipites mi agonía!
¡Acuérdate de aquel día
que en tu corazón viví!...
¡Por tu nobleza y amor,
por mi martirio siquiera,
¡vete! y déjame que muera, (arrodillándose)
pero muera con honor!... (solloza)

ALEJ. ¡Tu dolor, dolor me inspira (conmovido)
y mi corazón quebrantas!
¿Tú? ¡Arrodillada á mis plantas! (le hace levantar)
Mi bien; tu mente delira... (retiene las manos de Inés)
Soy yo, el mísero y sin calma
que ha de postrarse de hinojos (vehemente)
porque la luz de tus ojos (mirándole con ternura)
descienda sobre mi alma.
Que ella me irradie el camino
donde me arrastre la suerte
y si me espera la muerte
bendeciré mi destino.
¿Por qué tiemblas y se agita
la lucha en tu corazón,
si el eco de mi pasión
en ese pecho palpita?
Yo contemplé en tu pupila, (muy apasionado)
vaga, inquieta y anhelante, (Inés se desase)
el destello vacilante
de una esperanza intranquila.
(atrayéndola) Ven, acércate, Inés mía,
y que tu alma enamorada
absorba yo en tu mirada
para endulzar mi agonía. (ligera pausa)
¿Por qué si nos mira Dios (con desesperación)
á este rigor nos condena?...
Rompa esta dura cadena

ó la vida de los dos. (fuera de sí)
Ven, ven; huyamos de aquí, (queriendo llevarla. Inés subyugada se deja llevar algunos pasos)
que yo, de tu amor avaro,
en horizonte más claro
sólo viviré por tí. (Inés como volviendo de aquella sugestión)

INÉS. (deteniéndose) Déjame; mi obligación
es estar en otro lado;
quede ya todo olvidado
y basta de explicación. (va hacia su habitación)

ALEJ. (deteniéndola) ¡Por mi vida, no te has de ir!
¿Es que no tienes valor
para rechazar mi amor
y de mí quieres huir?

INÉS. Tu razón extravïada
quiere hacer, para mi mal,
una esposa criminal
de una mujer desgraciada.

ALEJ. Si el fuego que mi alma alienta
hoy en tu pecho no arde, (saca una arma)
haga la perjura alarde
cuando Dios le pida cuenta. (acción de matarse)

INÉS. (Muy aterrada contiene la acción)
*¡Por tu madre! ¡Por favor!
Respeta mi sufrimiento.

ALEJ. ¡Qué importa el remordimiento (guarda el arma)
si queda á salvo tu honor!* (amarga ironía)

INÉS. Duélante mis desconsuelos.

ALEJ. ¿Sabes qué es vivir sin calma (muy vehemente y atrayéndola)
llevando siempre en el alma
el aguijón de los celos?
¿Ver en el suplicio eterno
á un sér que nos fué querido,
no darle nunca al olvido

y ser la vida un infierno?
¡Y ese tormento cruel
crece y alarga la vida
con la esperanza perdida
del amor que ha sido infiel!

INÉS. Si en un abismo se trunca (persuasiva)
el sosiego, el bienestar
y la calma del hogar
perdida, no vuelve nunca...

ALEJ. Basta de luchas, Inés;
mira mi dolor profundo
y sígueme ó ya en el mundo
sobra uno de los tres. (hace ademán de sacar el arma)

INÉS. (conteniéndole) ¡No!...

ALEJ. *¡Que agotas el sufrimiento! (reconviniendo con dureza)*

INÉS. ¡Oh! ¡calla, calla! ¡Mi esposo!...
la sociedad... mi reposo...
la voz del remordimiento...

ALEJ. Sí; la sociedad infiel (amarga ironía)
que nos hunde en el dolor
y escarnece nuestro honor
con su sarcasmo cruel! (con ira concentrada)
¡Que en su mísero egoismo
pone el estigma en la frente
y nos lanza á la pendiente
y nos empuja al abismo!

INÉS. ¡Alejandro, escucha el grito
de tu honor y mi conciencia!

ALEJ. *¡Ve, que agotas mi paciencia! (exasperado)

INÉS. ¿No te acobarda el delito?*

ALEJ. ¿Vacilas? (con indicación de huir)

INÉS. (rechazando) ¡Por Dios, por Dios!

ALEJ. ¡Aunque á tu gusto no cuadre! (arrastrándola. Inés da algunos pasos hacia la puerta. Reponiéndose)

INÉS. (se desase) ¡Nunca! que la voz de madre
se levanta entre los dos! (se precipita en su habitación. Alejandro queda anonadado oprimiéndose las sienes)

ESCENA VI

ALEJANDRO

¡Madre! ¡Otra infamia! ¡Otro insulto! (como loco)
¡Y la infiel me lo ocultaba!
¡La aborrezco, la maldigo!
¡Será horrible mi venganza! (va hacia la habitación de Inés á tiempo que entra Eduardo por el foro y le corta el paso)

ESCENA VII

DICHO Y EDUARDO (de uniforme)

EDUAR. ¡Alejandro!... (deteniéndole)
ALEJ. (desesperado) ¡Maldición!
EDUAR. *¿Es realidad, ó es un sueño?
Respóndeme, amigo infiel;
traidor, sal de aquí al momento,
no manches más esta casa!*
ALEJ. Aquí me trajo el Averno (con resolución)
y por él que no me voy. (bajando al proscenio. Eduardo le sigue)
EDUAR. ¿Olvidas, mal caballero,
que las leyes del honor
has hollado con tu intento?
¡Aléjate de este hogar!

*Por última vez te ruego
que salgas pronto de aquí
y yo en cambio te prometo
que por aquel noble anciano (indicando la habitación de su padre)
todo quedará en silencio.*

ALEJ. (Arrastrándole á un extremo)
¡Como las tumbas reposan (con acento aterrador)
en sus anchurosos centros
y se estremecen las criptas
al empuje de otro cuerpo,
así esta casa es sepulcro
donde yacen mis recuerdos! (mirándolecompasivo)
¡Por eso, al entrar la víctima,
se estremecen sus cimientos!

EDUAR. Esa muerte que has hallado (con sentimiento)
en este triste destierro,
á otra víctima inocente
arrastra en insano duelo. (Alejandro escucha conmovido.)
¡Con sus horribles torturas
sufre mi padre en silencio,
y no sabes, Alejandro!... (aterrado)
¡De decirlo tengo miedo! (mirando con recelo)
Mi padre duda de mí...
¿Lo comprendes?... ¡Tiene celos!
y hoy, ciego, rechazó al hijo
que le brindaba su pecho.
De su amor ya desterrado, (sentimiento)
marchar de esta casa quiero.
Si quieres venir conmigo (persuasivo)
esta ofensa olvidaremos, (rodeándole con un brazo)
y en el fragor del combate
se extinguirán nuestros duelos. (le lleva algunos pasos. Alejandro, al cruzar ante la puerta de Inés, vacila.)

Ven, que la patria nos llama.
(Alejandro retrocediendo exaltado.)

ALEJ ¡A mí me espera el infierno!

EDUAR. (exaltado) Oye, Alejandro, no quieras
que ya que te obstinas ciego
en olvidar tus deberes
rompa yo mis juramentos.

ALEJ. ¿Qué me importa esa amenaza?
¿Crees acaso que te temo? (se acerca mostrándole el pecho.)
¡Hiere! ¡Cobarde! ¡Mal hijo! (fuera de sí)
y defiende tu honra al menos.
¿No ves que quiere saltar
la sangre que guarda el pecho?

EDUAR. (rechazándole) Déjame y huye, Alejandro.
¡Te perdono! Que estás ciego.
He jurado... (vacilando)

ALEJ. Mas tu padre
no tiene ese juramento.
¡Que venga y me de la muerte
si tiene sangre! ¡Eso quiero!
¿No ves que anhelo morir? (acercándose)
¡Si yo mi baldón confieso!
¡Rechazo, sí, tu perdón, (con despecho)
que me abrasa más que el fuego!

EDUAR. Tú eres joven, y mi padre...

ALEJ. ¡No, si yo no me defiendo! (como loco)

EDUAR. ¡Esa es una villanía,
es un insulto grosero!

ALEJ. Si entra en tu casa un ladrón, (muy expresivo)
que sorprendiendo tu sueño
arrebata, no riquezas,
sino la dicha, el sosiego, (muy marcado)
el honor que tanto vale
y es imposible volverlo,

¿qué harías con aquel hombre?

EDUAR. (indignado) ¡Le matara como á un perro!

ALEJ. Pues ese infame... ¡soy yo!...
que loco de amor y celos,
he sorprendido tu hogar
sin saber á qué obedezco,
y no he de salir de aquí
sin vengar mis sufrimientos! (va hacia la habitación de Inés Eduardo le cierra el paso.)

EDUAR. ¡No pasarás! ¡Vive Dios! (en la puerta de Inés)
que yo la entrada defiendo.

ALEJ. (arrastrándole al proscenio)
¿No has visto, no has visto tú (amenazador)
desbordarse el mar soberbio,
crecer... arrastrarlo todo, (con acento cavernoso)
todo en su fondo absorberlo
y rugir como el león
que está de venganza hambriento?...
¡No tiembles! ¡No te intimides, (rechazándole con desprecio.)
que tu sangre no la quiero...
le ha dado vida tu padre... (rugiente)
por ser suya... la aborrezco!

EDUAR. ¡Ya se agotó mi paciencia! (exaltado saca la espada)
¡En guardia, mal caballero!

ALEJ. ¡Sólo te pido una tregua, (calma irónica)
sólo te pido un momento!

Eduardo guarda la espada antes del último verso. Alejandro corre hacia la habitación de Inés.)

EDUAR. ¡Traidor! ¡Infame! ¡Asesino! (ganando el sitio)
¡Morirás!... (espada en mano)

ALEJ. (parando el golpe) ¡Así te quiero! (luchan: Alejandro no hace más que defenderse. Parando el golpe detiene el brazo de Eduardo, quita la espada, arrojando ambas y después á Eduardo que cae casi al fondo.

¡Cómo no salvar mi vida,
si un instante la defiendo!
¡Mi sangre no será sola,
los dos juntos moriremos! (Entra en el cuarto de Inés, Eduardo se levanta y al seguirle se encuentra con su padre que sale de su habitación.)

ESCENA VIII

EDUARDO, D. PEDRO

PEDRO. *¿Otra vez estás aquí? (indignado)
¿No te avergüenza tu acción?

EDUAR. ¿Dudáis de mí, padre mío, (con amarga reconvención)
cuando velo vuestro honor?*
¡Dejadme, no llegue tarde (vivo todo)
á conjurar la traición. (indicando el cuarto de Inés)

PEDRO. (Quiere entrar; su hijo le detiene; momento de lucha)
¡Déjame, déjame entrar!

EDUAR. ¡Nunca! que el fuerte soy yo. (entra al pasillo)

INÉS. (dentro) ¡Socorro! ¡Piedad! ¡Socorro! (saliendo descompuesta como de haber luchado. Alejandro detrás sin cruzar la puerta, defendida por Eduardo, que ayuda á salir á Inés y contiene á Alejandro, que lleva un revólver en la mano.)

EDUAR. ¡Atrás! ¡Mísero traidor! (empujándole entran ambos en la habitación. D. Pedro á la puerta del pasillo como atónito. Inés sigue los movimientos con ansiedad.)

PEDRO. ¡Luz, que mi mente delira! (vacilante se apoya sobre algún mueble inmediato.)
(Con reconvención amarga.)
¡Inés, Inés! ¡Dios del cielo, (reponiéndose)
ilumina mi razón! (entra en el pasillo)

INÉS. ¡Pedro! ¡Pedro! deteniéndole: luchan: se oye una detonación.)

PEDRO. (con desesperación) ¡Maldición! (Inés cae de rodillas cubriéndose el rostro.)
¡Lucha cruel! ¡Es mi hijo! (entra al pasillo)

INÉS. ¡Cuál morirá de los dos! (mirando al cielo en actitud suplicante.)

EDUAR. ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde vais? (deteniéndole; vuelven al proscenio.)

PEDRO. ¡Hijo de mi corazón! (cayendo en sus brazos)
¿Muerto? (reponiéndose y mirándole con ansiedad las manos.)

INÉS. ¡Muerto!

EDUAR. (indicando á Inés) Su virtud
ha cegado al seductor. (muy vivo el final)

PEDRO. ¡El suicidio!

INÉS. ¡La desgracia!

PEDRO. He sido un loco! ¡Perdón! (inclinando la cabeza sobre el hombro de su hijo y abrazándole, tiende la otra mano á Inés. Cuadro.)

TELON.

DE LA MISMA AUTORA

Virtud y Vicio, drama en un acto y verso.
Vanidad, comedia en tres actos y en verso.
El Buen Tono, comedia en tres actos y en verso.
El estreno de un Drama, colección de poesías.
La Corona de Siemprevivas, leyenda.
El Penitente del Desierto, ídem.
El Nido Abandonado, íd.
La Casa del Diablo, íd.
La Copa de Oro, íd.
El Pilluelo, íd.
El Caballero de la Cruz Roja, íd.
Belleza del alma, novela.
El Hijo de la Macarena, ídem.

PARA PUBLICARSE

Virtud, drama en tres actos y en prosa.
La Obrera, íd., íd.